

ANTECEDENTES HISTORICOS DEL CAMBIO SOCIAL Y ECONOMICO EN EL MEXICO CONTEMPORANEO

WIGBERTO JIMÉNEZ MORENO

Hay que definir, en primer término, qué tan atrás debemos remontarnos al tratar de dichos antecedentes. Ocupándonos, como lo hacemos, del México Contemporáneo, bastaría acaso remontarse hasta el inicio de la Revolución Mexicana. Pero otras consideraciones sugieren la conveniencia de llegar a la Época de la Reforma, en que varió profundamente la orientación de vida del país, que hasta entonces seguía patrones que, en esencia, eran los mismos que en España imperaban. Fue entonces cuando ocurrió lo que ha llamado Octavio Paz en su "Laberinto de la Soledad", "la gran ruptura con la madre" (la madre España y la madre Iglesia). Mas es aún insuficiente retroceder hasta la Reforma, ya que la serie de cambios que entonces se produjeron era el resultado del ingreso de México en la Modernidad y este entrar en contacto con las corrientes del pensamiento moderno lo realizó el país desde mediados del Siglo XVIII, por lo que es aconsejable remontarse hasta esa fecha. Fue en ella cuando se alcanzó lo que podría llamarse una "conciencia adolescente" de la nacionalidad y apareció ese "optimismo nacionalista" (estudiado por Luis González y González) que habría de conducir hacia el deseo de Independencia, mientras se iniciaba lo que denominaríamos (siguiendo a Paul Hazard) "la crisis de la conciencia mexicana", que tuvo su dramática culminación en la Reforma.

Entre los distintos grupos raciales que poblaban la Nueva España, fue el de los criollos el que primero llegó a tener, aunque en forma incipiente, una conciencia nacional: los mestizos sólo darían indicios de irla alcanzando al surgir, entre el fragor de la Guerra de Independencia, personalidades vigorosas como la de Morelos, y en los indígenas aún no amanece tal conciencia excepto en casos de grupos aislados, o de individuos de silueta recia, tales como un Juárez o un Altamirano, siendo únicamente desde que media el siglo XIX cuando aparecen estos indígenas próceres.

Manifestaciones de lo que podría llamarse una conciencia nacional todavía pueril, brotan ya en el siglo XVII: no sólo acusan esto las actitudes de don Carlos de Sigüenza y Góngora y de la egregia Sor Juana, sino que es también por en-

tonces, en el último tercio de ese siglo, cuando surge un arte mexicanísimo: el de las yeserías de la capilla del Rosario en Santo Domingo, en Puebla y de la decoración policroma del camarín de Loreto en Tepotzotlán. Crece, en esa centuria, el movimiento guadalupano que habría de ser el catalizador de tendencias nacionalistas todavía vagas. Justamente, aquel "optimismo nacionalista" que conformaba el clima imperante desde mediados del siglo XVIII, estaba fincado en la idea de que México gozaba de una predilección especial por parte de la Divinidad, puesto que se decía que el Papa Benedicto XIV, al referirse a la aparición de la Virgen María, según la tradición guadalupana, había afirmado que: "no hizo cosa igual con otra nación". Movidos por esa euforia llegaron hasta la Independencia muchos criollos, tremolando, como primera insignia de la Nación que iba a surgir, el estandarte guadalupano, y sólo una serie de reveses como los que sufrió el país después de lograda su Independencia (al perder en 1836 la Guerra con Texas, en 1838 y 1839 la que tuvo con Francia, y en 1847 la que libró con los Estados Unidos), hicieron flaquear ese optimismo y sumieron al mexicano en el abatimiento profundo en que cayó en 1848, al firmarse el Tratado de Guadalupe Hidalgo. La patria sólo empezaría a recobrar la confianza en sí misma al obtenerse en 1862 la victoria del 5 de Mayo contra el ejército francés, —el primero del mundo— y al sobrevenir, en 1867, el derrumbe del Imperio de Maximiliano, sostenido, hasta poco antes, por aquella hueste. Con el desplome de esa monarquía y la restauración de la República, llegó a su culminación la "crisis de la conciencia mexicana" a que aludimos antes, quedando resuelta la forma de gobierno que definitivamente se adoptaría y sentadas las bases en que descansaría la estructura del México moderno, después de rota nuestra vinculación a los patrones impuestos por España, a los que hasta entonces permanecemos adictos.

La "crisis de la conciencia mexicana" se había iniciado, mediando el siglo XVIII, al ponerse la *élite* pensante de la Nueva España en contacto con la Modernidad: una generación, la de los nacidos entre 1718 y 1731 (según un esquema que hemos propuesto para México en calidad de hipótesis) inició una revolución intelectual al introducir ideas de la Filosofía Cartesiana, minando el monopolio de que disfrutaba la Filosofía Escolástica, todo ello por la acción de los jesuitas humanistas, entre los que se destacó Clavijero, desde 1754. A esa generación siguió la de los "Ilustrados", que vieron la luz entre 1732 y 1745, y que recibieron el influjo de la Enciclopedia y de la Ilustración francesa, siendo la figura más representativa la del padre Alzate, cuyos coevos fueron el filósofo Gamarra y Dávalos, (adicto a Descartes), el arqueólogo León y Gama, y una pléyade de naturalistas, físicos y mineralogistas insignes que dieron a la Colonia aquel postrer esplendor de que fue testigo el Barón de Humboldt. Tras las huellas de esa generación de "Ilustrados" se presentó en escena la de los nacidos entre 1746 y 1759, cuyos portaestandartes fueron: Hidalgo —reformador intelectual y político— y Tres Guerras que, oponiéndose a lo Churrigueresco, propugnó por un estilo en consonancia con ideas que tendían hacia la simplicidad republicana: el Neoclásico, síntoma y símbolo de un nuevo clima espiritual. En Hidalgo y entre sus coetáneos cundieron las ideas políticas de Montesquieu y de Rousseau, y dejó fuerte impacto la guerra de liberación entre la Nueva Inglaterra y su metrópoli y todavía mayor la sacudida

violenta y desquiciadora de la Revolución Francesa, que preparó los ánimos para el movimiento de Independencia.

Entre 1754 y 1793 aproximadamente, fue agrietándose la especie de muralla china que en lo intelectual cercaba a la Nueva España y a otras colonias ibéricas, al relajarse la estrecha vigilancia con que la Inquisición pretendía impedir la entrada de libros y doctrinas, heterodoxos en lo religioso, o sediciosos en lo político, y ya al final del siglo esa barrera se había, en gran parte, derrumbado, e irrumpía, arrolladora, la Modernidad. En efecto, a raíz de que los ingleses se apoderaron de La Habana en 1762, no sólo se quebrantó el monopolio comercial de España con sus colonias, introduciéndose el contrabando de mercancías británicas, sino que también penetraron clandestinamente, ideas innovadoras procedentes de Inglaterra o Francia, que al principio dejaron sentir su influjo en círculos pequeños, pero que al final conquistaron a un público numeroso. Primero prelados prominentes e inquisidores a cuyo cargo estaba el impedir la entrada de las ideas extrañas, se aficionaron a ellas y fueron asiduos lectores de libros prohibidos, y después ese gusto por las obras que transmitían "ideas peligrosas" trascendió a eclesiásticos inquietos y de gran avidez intelectual, como el Cura Hidalgo, cuya casa en la Villa de San Felipe, fue conocida como "La Francia Chiquita". Así, al terminar la atinada gestión del segundo Conde de Revillagigedo, las ideas heterodoxas o sediciosas habían alcanzado tal difusión que eran ahora los peluqueros o los artesanos los que las propagaban y se tenía la impresión de que en España y sus colonias, pervivían instituciones y patrones de cultura que se consideraban anticuados, mientras Francia y los Estados Unidos, con sus gobiernos y sus normas democráticas eran vistos como los países ejemplares que señalaban los rumbos futuros.

Y sin embargo, bajo el régimen del Despotismo Ilustrado, desde el reinado de Fernando VI hasta que se desvaneció la influencia de los ilustres ministros de Carlos III, se habían alcanzado en la Nueva España progresos notorios, lo mismo en la administración pública que en la organización económica, en lo social y en las diversas esferas de la cultura. Entre 1748 y 1755 se había completado la conquista y colonización de nuestro actual territorio al someter Escandón al Nuevo Santander, cerrándose con ésto el ciclo de la Conquista, que iniciara Cortés, y empezando a gestarse la idea de Independencia. Oponiendo un valladar a la penetración rusa, se ocupó, desde 1769, el Alta California y ya en 1776 se fundó a San Francisco y un lustro más tarde a Nuestra Señora de los Ángeles. Todavía se prolongó hacia Nutka y Alaska el avance novohispánico, pero esas posiciones se abandonaron en 1790, ante el empuje de los ingleses que desde el interior del Canadá transpusieron la cordillera y llegaron a las costas de la Columbia Británica, y en manera análoga retrocedió España en Georgia, en 1795, ante el ímpetu juvenil de los Estados Unidos. Es que a la administración, generalmente atinada, de Carlos III, la había sucedido, desde 1788, la inepta de Carlos IV, cuya torpeza no se advirtió en seguida, sino hasta que se deshizo de los ministros que había heredado del anterior monarca, para caer en brazos de favoritos nefastos como Godoy. Todos los errores políticos y diplomáticos eran ahora posibles, y fue así como en 1800 aceptó España devolver a Francia la Luisiana, sólo para que fuese vendida en 1803 a los Estados Unidos, consumándose la entrega el 9 de

marzo de 1804 en San Luis Missouri, todavía por las autoridades españolas que aun no habían podido ponerla en manos de los franceses, y que sólo ahora lo hicieron para que éstas, en ese mismo día, la cediesen a los norteamericanos. Así dejó de existir el muro que separaba de éstos a los habitantes de Nueva España. La nueva frontera entre unos y otros sólo quedó definida con el tratado de Onís en 1819, habiéndose producido algunas ligeras fricciones u otros incidentes (como el motivado por la exploración de Pike) a partir del año de 1806. Entre tanto, desde la primera década del siglo XIX, se fue sintiendo, cada vez más fuerte, la influencia de las ideas democráticas que provenían de los Estados Unidos, y, en plena Guerra de Independencia, empezó a difundirse el conocimiento de su Constitución, que más tarde inspiraría la nuestra de 1824.

Toda una serie de cambios profundos habíanse efectuado en el último tercio del siglo décimo-octavo y antes de que en 1808 se produjera —con la invasión de la metrópoli por el ejército napoleónico— la gran crisis que desembocó, en todas sus colonias de este continente, en un movimiento de independencia. Fue el primero la expulsión de los jesuitas en 1767, que privó a la Nueva España de sus mejores cerebros, y la hizo sentir como opresivo al Despotismo Ilustrado, provocando motines en los mismos sitios donde luego habría de estallar la lucha de la Insurgencia. El clero quedó sumiso frente al Real Patronato, y la tendencia secularizadora se fue acentuando, al mismo tiempo que, bajo Carlos IV, se iniciaban medidas de ocupación de bienes eclesiásticos, estableciéndose así los precedentes en que se apoyarían, para lanzarse hacia metas más radicales, los precursores de la Reforma, como Gómez Farías. Hemos visto cómo la Inquisición se fue debilitando, impotente para contener el oleaje de la Modernidad, y, por fin, suprimido este Tribunal en 1813, quedó franco el paso a todas las corrientes del pensamiento, y, la conciencia mexicana, ahora en contacto íntimo con ellas, entró en aguda crisis.

Al iniciarse los primeros conatos en pro de la autonomía, a partir de la memorable Junta del Cabildo de México, celebrada en 1808, apareció en escena, al lado de la generación en que militaba Hidalgo, una más joven —la de los nacidos entre 1760 y 1772— a la que pertenecían, además del Lic. don Francisco Verdad y Ramos, que tan decisiva participación tuvo en esa asamblea, otros personajes que se destacarían después, como don José María Morelos, y el inquieto Fray Servando y don Severo Maldonado. Miembros de otro equipo todavía más joven (el de los nacidos entre 1772 y 1785) participaron activamente en el movimiento de Independencia desde que estalló en 1810, y estos elementos bisoños fueron los que pelearon en las grandes batallas de la Insurgencia, ya en pro de ella (con Galeana, Matamoros y Guerrero), o también en contra (con Calleja o con Iturbide). La actitud de estas dos últimas promociones es más radical que la de Hidalgo: si los miembros de ésta se veían saturados de ideas sediciosas, los de la de Morelos, el Padre Mier y don Severo Maldonado avizoraban una reforma social y, a su vez, los de la "de los insurgentes" (por antonomasia) eran más drásticos en sus propósitos de cambio y militaban entre ellos los paladines de una reforma total, como el Pensador Mexicano y don Valentín Gómez Farías, que pretendían romper definitivamente con todas aquellas instituciones y costum-

bres consideradas como defectuosas, que heredamos de España. La pintura mejor de la sociedad que se quería transformar, nos la dejó Fernández Lizardi en "El Periquillo Sarniento": así era la atmósfera en que se vivía al publicarse esa obra en 1816.

Una generación posterior, la que llamamos "post-insurgente", comprendiendo los nacidos entre 1785 y 1797, fue la primera que respiró sin temor, los vientos de lo moderno. Hombres como Alamán, y el Dr. Mora, Antuñano y varios otros, acogieron con entusiasmo las doctrinas sobre Economía Política que procedían de Smith, Ricardo o Bentham, asumiendo una actitud que podríamos caracterizar como "pre-positivista". Con un sentido moderno contemplaron estos hombres los problemas del México ya Independiente, como puede advertirse no sólo en Alamán y Mora, sino también en Zavala, en Tadeo Ortiz, y en algunos más. Les preocupaba dotar a México de una sólida estructura económica —que antes descansaba fundamentalmente en la minería y en la agricultura— iniciando un proceso de industrialización. Veían la necesidad de que amplias zonas fuesen colonizadas, abriendo las puertas a la inmigración de extranjeros que, por proceder, muchos de ellos, de países no católicos, sólo podrían venir si se implantaba aquí la tolerancia de otros cultos. Fue así como se inició el acerbo diálogo entre liberales y conservadores en torno a problemas como el de la libertad religiosa o el de la desamortización de los bienes del clero. Pero, sobre todo, una vez conseguida la Independencia, era preciso decidir si el gobierno debería ser monárquico o republicano y, en este último caso, si la estructura debía ser centralizada o federalista.

Dos hombres de la generación siguiente (la que abarca a los que vieron la luz entre 1797 y 1809) personificaban las dos tendencias opuestas: la monárquica es la de Gutiérrez Estrada y la republicana la de Juárez. Tras ellos aparece una promoción más joven —la de quienes nacieron entre 1810 y 1823— que, con Ocampo, Ramírez, y Prieto se pronuncia en pro de las doctrinas liberales y de la reforma total que ya habían intentado en 1833 el Dr. Mora y Gómez Farías, pero que había abortado ante la resistencia de los tradicionalistas. Ante las vicisitudes por las que atraviesa México desde que en 1835 triunfa el Centralismo hasta que el país es derrotado en la guerra con los Estados Unidos, la actitud de los liberales se vuelve más radical y los conservadores se muestran más intransigentes. La consternación profunda causada por el último suceso, hace que en 1848 los bandos beligerantes sientan inaplazable la solución de los problemas políticos, sociales y económicos de nuestra Patria: los conservadores han definido su programa según el cual la Monarquía es la fórmula salvadora y esperan contrarrestar la influencia de los Estados Unidos con el apoyo de Europa; los liberales no sólo están por la República, sino que exigen que ésta sea federal y tienden a establecer la tolerancia de cultos y a cercenar el poder de la Iglesia para acrecentar el del Estado. Una lucha a muerte se entabla entre esas dos tendencias desde que triunfa en 1855 la revolución de Ayutla, al desplomarse la dictadura de Santa Anna, y el conflicto llega a su desenlace al derrumbarse el Imperio de Maximiliano y ser restaurada la República en 1867. En esa lucha ha jugado el papel decisivo en el campo de batalla una generación más joven, la de los nacidos entre 1824 y 1837, a la

que pertenecen notables figuras militares como don Mariano Escobedo o don Porfirio Díaz.

Desde que la Reforma triunfa, precisamente hace un siglo, con las batallas libradas en 1860, México asume una actitud abierta hacia todos los cambios: ha roto definitivamente con los patrones que heredó de España y mira ahora más bien hacia Francia y los Estados Unidos. Nuevas corrientes, como la del Socialismo —que décadas antes carecía de importancia— entran a la palestra desde 1861. Nuevas filosofías de la vida, como la que alienta en el Espiritismo, se presentan acaso al arribar a México las huestes numerosas de la Intervención Francesa. La voluntad de cambio es tal que el gobierno que apoyan los conservadores —el de Maximiliano— no intenta siquiera desandar lo andado. Y cuando éste sucumbe y se restaura la República se convierte en doctrina oficial la del Positivismo y el ideal suyo, de "orden y progreso" queda entronizado.

Una nueva promoción, la de los "Post-reformistas" que han visto la luz entre 1838 y 1850, cuyo personaje representativo es don Justo Sierra integra el primer grupo de mexicanos educados en esta tendencia filosófica y hace su entrada en escena con el suicidio de Acuña en 1873, que es síntoma de los agudos conflictos espirituales con que culminaba aquella crisis de la conciencia mexicana que desembocó en la Reforma. Sin embargo, a raíz de haberse elevado al rango de constitucional, en 1875, aquella legislación dictada por Juárez en el fragor de la lucha, pierde, aparentemente, mucho de su actualidad la polémica en torno a esas discutidas leyes, y son otros los asuntos que preocupan a los mexicanos cuando se hunde en 1876 el gobierno de Lerdo y llega al poder, por medio de la insurrección, el General Díaz. Acelerando el ritmo del progreso, a los ferrocarriles incipientes que inauguraron Juárez y Lerdo, se suman ahora los miles y miles de kilómetros de vías que se construyen bajo don Manuel González y don Porfirio; la industrialización se vuelve vigorosa, y crece, con ella, en importancia, el problema de la clase obrera.

Pero en el afán de realizar ese gigantesco progreso material que fascina a las gentes bajo el Porfiriato, se olvidan o se conculcan los valores morales, se entregan a compañías extranjeras muchas de nuestras fuentes de riqueza, y se les dan también vastas extensiones de nuestro territorio. Los labriegos, los mineros y los obreros textiles, sufren penas y miserias sin ser escuchados, porque priva la doctrina cruel y anticristiana de la selección natural y de la supervivencia del más apto. Detrás de una fachada de progreso perviven lacras milenarias. Y a fuerza de tratar de parecernos a Europa o a los Estados Unidos, se desprecian los valores propios. Contra todo ésto, airada, se levantará, desde 1910, la Revolución Mexicana, en cuyo ideario han influido tres corrientes tenidas a veces como incompatibles y que han podido, sin embargo, armonizarse dentro de él: la *liberal*, nutrida en las ideas de la Reforma, que propugnaba por una especie de vuelta a Juárez y a una auténtica democracia; la *socialista*, que no llegaba aún hasta el marxismo; y la *cristiana* (o del catolicismo social), inspirada en la encíclica *Rerum Novarum* que, a través de congresos realizados entre 1903 y 1913, propugnó por una serie de mejoras sociales en favor del campesino, el obrero y el indígena. Brotada nuestra Revolución de manera generalmente espontánea, más bien que por obra de agi-

tadores profesionales, sus ideales son justos y compatibles con la trayectoria seguida por la Civilización Occidental. Como este cambio profundo se produjo a tiempo, resulta, en la perspectiva actual, más ponderada que otras revoluciones recientes, ya que las reacciones se vuelven más violentas, por desesperadas, mientras más se aplaza la solución de los problemas que apremian. Y aunque fue mucha la sangre derramada en nuestra última sacudida social y son todavía muchísimos los problemas no resueltos, y aún quedan muchas lacras, y todavía no alcanza el país plena madurez política, puede, sin embargo, afirmarse que, gracias a la Revolución Mexicana, México ha realizado progresos efectivos en el aspecto social, económico y político. Si la Revolución Mexicana es la primera gran convulsión social del presente siglo, puede, en cierto modo, aseverarse que, con ella, México —a pesar de su atraso en muchos aspectos— ha sido el primer país del mundo que ingresó al Siglo xx, una centuria que comenzó aquí en 1910.

